

que la lista bibliográfica sea un auxiliar para que los interesados en un área del conocimiento, socialmente difundida y tácitamente aceptada, puedan identificar los materiales más comunes y útiles para el conjunto social dedicado al cultivo de esa disciplina.

Pero si la finalidad se orienta sobre lo que se dice en la nota introductoria, que una lista bibliográfica puede constituir una base para la sustentación de una disciplina del conocimiento, es ahí donde tenemos severas dudas; puesto que no hay un referente concreto para comprender la riqueza del listado bibliográfico elaborado.

Por ello creemos que la dedicación y el tiempo que implica reunir una lista bibliográfica, debe estar basado en la premisa de su utilidad social; y bajo esa pauta se manifiesta como necesario que, antes de compilar cualquier lista bibliográfica, se tengan presentes los supuestos epistemológicos de la parcela del conocimiento que va a apoyar y la utilidad social que tendrá en sí misma. De lo contrario, creo que todo ese esfuerzo tendrá muy poca utilidad social.

GABRIEL GUTIÉRREZ PANTOJA

SCHAFF, ADAM. *Historia y verdad. (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*. México, Ed. Grijalbo, 1974, 328 p. (Colección Teoría y Praxis).

Hay ciertas fechas que evocan al recuerdo y ahora, en 1989, recordamos uno de los más trascendentes acontecimientos de la historia humana: la Revolución Francesa.

Este acontecimiento ha sido objeto de múltiples escritos y, por ende, de diversas interpretaciones desde diferentes perspectivas, lo que ha generado un volumen de material bibliohemerográfico impresionante; pero ¿cuál es la validez de cada una de las perspectivas de observación?

Se ha argumentado ampliamente que, en las ciencias sociales, los trabajos de investigación tienen una capacidad cognoscitiva más limitada que los estudios, especialmente los experimentales, de las ciencias naturales.

En el caso de las ciencias sociales, los alcances del conocimiento son más limitados, puesto que el objeto de estudio es intangible, fugaz, poco perceptible.

Prueba de ello es que los teóricos del conocimiento de lo social han reconocido que su alcance es fenoménico y limitado. Esto lo podemos ejemplificar y verificar en un estudio que presenta Schaff donde hace una comparación entre las diversas perspectivas que se pueden tener sobre un mismo fenómeno, en este caso, la Revolución Francesa.

Adam Schaff propone, a manera de introducción, su objeto de estudio social sobre las causas de la gran Revolución Francesa según los historiadores; para ello adopta el criterio de que, por la distancia histórica a que nos encontramos de ella, se puede tener una visión más serena y analítica.

No obstante que se piensa, ahora que estamos en el año del bicentenario, que ese acontecimiento ha sido intensiva y extensivamente analizado, es pertinente reflexionar sobre las proposiciones de Schaff para el conocimiento del evento.

Parece indiscutible que la Revolución Francesa fue un hecho social que, por sus bases político-ideológicas, ha trascendido hasta nuestro tiempo pero, como se puede apreciar, el objeto es tan extenso y tan complejo que el autor opta por seleccionar los trabajos que se refieran a las causas económicas que la provocaron; pero esto no es todo, dicha selección se hace, particularmente, de entre autores franceses que fueron contemporáneos de ese acontecimiento.<sup>1</sup>

De esta selección, el autor encuentra una diversidad de criterios; veamos el contenido de cada uno. Para Jules Michelet, quien fue un ferviente partidario de Danton, las causas económicas residieron en que la sociedad francesa estaba organizada de tal manera que producía cada vez menos y pagaba cada vez más; los impuestos indirectos en la época de Luis XIV eran tan altos que los vitivinicultores en ciudades como Nantes y Estampes, arrancan todas las viñas; al campesino, como ya se le han embargado todos los muebles, el fisco le requisaba el ganado con lo que lo extermina poco a poco, amén de que se desaprovecha el estiércol y el cultivo de cereales que se había extendido considerablemente en el siglo XVII, y se restringe notablemente en el siglo XVIII.

Por su parte, el político e historiador Alexis de Tocqueville no considera a las causas económicas como determinantes puesto que en el periodo previo, si bien la población aumenta, las riquezas se acrecientan con mayor rapidez; el Estado se llena de deudas pero los particulares continúan su enriquecimiento ya que se hacen más inventivos, emprendedores e industriosos.

El filósofo y también historiador Hippolyte Taine afirma en su perspectiva sobre el caso: "Repasad las correspondencias administrativas de los treinta años que precedieron a la Revolución: cien indicios revelan un malestar excesivo que no llega a transformarse en cólera. Es evidente que para el hombre del pueblo, campesino, artesano u obrero, que subsiste gracias al trabajo de sus brazos, la vida es precaria; apenas tiene lo suficiente para no morir de hambre y en ocasiones este poco le llega a faltar."<sup>2</sup>

Uno de los dirigentes del Partido Socialista Francés, el político Jean Jaurès, consideró que las causas económicas no residían en la miseria del pueblo, sino en la lucha promovida por el Tercer Estado, que ya había adquirido el poder económico y, por lo consiguiente, buscaba el político; afirmó que el enorme esfuerzo de producción, de trabajo, de ahorro y de progreso industrial y comercial había hecho de la burguesía una potencia de primer orden, lo que la obligó a asumir la dirección política en una sociedad donde sus intereses tenían un lugar tan preeminente.

Albert Mathiez, seguidor de las ideas de Jaurès, considera que un movimiento revolucionario no puede estallar en un país con gran miseria, pues

<sup>1</sup> Schaff, Adam. *Historia y verdad*, México, Ed. Grijalbo, 1974.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 68-69.

esto sólo provocaría algunos motines que pueden ser reprimidos inmediatamente; las grandes convulsiones sociales sólo pueden existir en donde hay desequilibrio de clases, y la que se ha vuelto económicamente dominante, también busca ser la políticamente dominante. Por ello se puede afirmar que: "La burguesía poseía ciertamente la mayor parte de la riqueza francesa. Progresaba incesantemente, mientras que las clases privilegiadas se iban arruinando."<sup>3</sup>

Para el historiador C.E. Labrousse, las causas económicas se pueden analizar partiendo de dos cuestiones concretas: el movimiento de los precios y los ingresos en Francia durante el siglo XVIII y la crisis económica vigente en la víspera de la Revolución. Sobre ello afirma que: "Los acontecimientos revolucionarios, las grandes instituciones revolucionarias, nacen, pues, en gran parte, de la regresión que experimenta el beneficio y el salario del malestar del industrial, del artesano, del colono, del propietario explotador y de la miseria del obrero, del asalariado. Una coyuntura desfavorable reunió en una oposición común a la burguesía y al proletariado. En este sentido, la Revolución se manifiesta, mucho más de lo que piensan Jaurès y Mathiez, como una revolución de la miseria."<sup>4</sup>

Como se puede desprender de estas sintéticas observaciones, no hay un criterio definido ni homogéneo sobre las causas económicas de la Revolución Francesa, y esta heterogeneidad nos indica que, en la investigación de campo de los fenómenos sociales, el criterio de aceptación de la realidad varía de conformidad con la perspectiva que tenga cada uno de los estudiosos.

Esta relación de datos que Schaff nos presenta en la nota introductoria de su trabajo, sirve de sustento para proponer la reflexión sobre la objetividad del conocimiento histórico. Con ello desarrolla una primera parte que titula "Presupuestos metodológicos".

En su capítulo primero relaciona tres aspectos de la situación del conocimiento, que son: la relación cognoscitiva, el proceso de conocimiento y la verdad.

De ello desprende su primera observación según la cual la historia sigue asombrando al hombre por su diversidad de interpretaciones.

Los estudiosos de la historia social, del devenir social, pueden hacer su propia interpretación de acuerdo a su perspectiva de observación, o a la temporalidad en la que están ubicados frente al acontecimiento, por ello es necesario precisar cómo afecta a la ciencia histórica, y a la historia científica, este tipo de conocimientos.

Por ello, el autor piensa que este objeto no se puede abandonar exclusivamente a las consideraciones de los historiadores, sino también debe ser abordado desde la perspectiva de la filosofía, puesto que si "se la echa por la puerta, vuelve a entrar por la ventana". En este sentido se puede apelar a los filósofos que practican la reflexión metateórica en la ciencia de la historia.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 69.

<sup>4</sup> Ibidem, p. 70.

A raíz de esa proposición, Schaff revisa los planteamientos de diversos historiadores-filósofos sobre el problema teórico-metodológico, para el conocimiento histórico.

Eso lo lleva a describir, inicialmente, los tres modelos del proceso de conocimiento que resume en: a) la triada tradicional compuesta por el sujeto cognoscente, el objeto de conocimiento y el conocimiento como producto del proceso cognoscitivo. De él concluye que se le ha considerado pasivo y contemplativo, donde hay un predominio del objeto; b) el idealista activista en el que el sujeto es el único promotor del proceso de conocimiento; c) y el tercer modelo en el que el sujeto y el objeto mantienen una dinámica interactuante, teniendo como premisa el realismo en gnoseología y el materialismo en ontología. Es este último por el cual se pronuncia el autor.

Luego de describir las ventajas y limitantes de cada uno de ellos, se aboca a un nuevo inciso titulado "La verdad como proceso", para el cual toma como referencia el contexto del conocimiento histórico.

Después de exponer los criterios diversos sobre el concepto de verdad, concluye que la tesis sobre el conocimiento y sobre la verdad como proceso es poco concreta, por lo que propone aproximarse al conocimiento de la complejidad social mediante verdades parciales para llegar a una verdad absoluta.

Con esto pasa a su segunda parte titulada "El condicionamiento social del conocimiento histórico".

En el capítulo primero de esta parte describe los contenidos y promotores de las dos concepciones de la ciencia de la historia, el positivismo y el presentismo; entendiendo al primero como el testigo del reflejo fiel del conocimiento histórico y, al segundo, como la tendencia que niega que dicho conocimiento sea posible, ya que la historia es una proyección del pensamiento y de los intereses del presente sobre el pasado.

En el segundo capítulo se remite a la identificación del carácter de clase del conocimiento histórico abordando las propuestas de dos grandes corrientes del conocimiento histórico como son la sociología del conocimiento y el marxismo.

En el primer apartado esboza el contenido, los orígenes y la sustentación del conocimiento, resaltando sus raíces en el pensamiento de Marx. Con ello se presentan las coincidencias y divergencias, especialmente sobre el concepto de ideología entendida dentro del marco social.

Bajo esa premisa se puede hacer una comparación entre las concepciones teóricas de la sociología del conocimiento y el marxismo, que es el contenido del segundo apartado del capítulo. Y si las coincidencias se pueden encontrar en la relación base superestructura, las diferencias se resaltan particularmente en el plano superestructural pues, según Schaff, Mannheim, promotor de la sociología del conocimiento, reprocha a Marx el no haber extendido su teoría de la ideología, concebida como "falsa conciencia", a sus propios supuestos teóricos.

Según esas posiciones, se puede encontrar lo ideológico en el proceso de conocimiento, lo cual lleva a concluir a Schaff, que el conocimiento científico

está sujeto al condicionamiento de clase, pero no por ello deja de ser un conocimiento objetivo, y sus productos son las verdades parciales objetivas.

En su tercer capítulo titulado "Historicismo y relativismo", revisa primero los diversos sentidos que le dan diferentes autores al concepto historicismo para luego confrontarlas con el de relativismo.

Finalmente, para concluir esta segunda parte, afirma que los diversos conceptos analizados no tienen un sólo sentido, sino que hay delimitaciones y entrecruzamientos en los que se identifica globalmente la actividad del sujeto en el conocimiento de la realidad social.

El análisis de las diversas corrientes teóricas del conocimiento histórico, y el entendimiento de diversos enfoques y propuestas sobre una misma problemática, lleva a asumir posiciones metateóricas que desarrolla en la tercera parte del escrito.

Esa tercera parte Schaff la titula "La objetividad de la verdad histórica". En su capítulo primero plantea la relación entre los hechos históricos y la elección que de ellos hace el sujeto desde la perspectiva de diversos pensadores. Primero selecciona la propuesta de Carl L. Becker, de quien describe varios ejemplos para sustentar lo que entiende por hecho histórico, con lo cual deriva que "los hechos históricos son las manifestaciones de la vida de los individuos y de las sociedades..." y ello lo liga con la elección diciendo: "...que se seleccionan entre otras, pertenecientes a menudo a la misma categoría, por sus nexos de causa a efecto y por su acción en el contexto de totalidades mayores."

Después, al referir el pensamiento de Levy-Brühl, lo cita en su idea propia al decir: "Sólo podrá pretender la cualidad de hecho histórico el hecho ocurrido efectivamente, es decir, el hecho que haya producido efectos en el pasado." Asimismo refiere la concepción ontológica de hecho histórico de Wanda Moszczenska y las propuestas de E.H. Carr, Lucien Febvre y Witold Kula entre otros.

Después de este recorrido, Schaff llega a la determinación de que los hechos históricos existen *per se*, pero es el historiador el que los selecciona y en su interpretación los eleva al rango de hechos históricos o los derriba de su pedestal.

El capítulo segundo de esta última parte, se encabeza con tres enunciados: "Descripción-explicación-valoración." Por principio niega que la historia sea una simple descripción y en base a las ideas de varios pensadores pondera el sentido de la explicación y la valoración. En ese transcurso surge un nuevo concepto para el conocimiento histórico que es el de comprensión y a partir de ellos esboza cuál es su relación con el conocimiento histórico, para concluir que: "la explicación, la comprensión y la valoración constituyen nuevas mediaciones por las cuales el factor subjetivo se introduce en el conocimiento histórico; factor cuyo papel y grado de incidencia se acrecientan a medida que avanzamos en nuestras reflexiones sobre la objetividad de la verdad histórica, pero que al mismo tiempo delimitamos cada vez más, al descubrir progresivamente sus múltiples facetas".

En el capítulo tercero titulado "¿Por qué reescribimos continuamente la historia?", retoma escritos e ideas de autores ya citados para concluir que: "Cuando se comprende el conocimiento histórico como proceso y superación, y las verdades históricas como verdades aditivas, acumulativas, se comprende la razón de esta constante reinterpretación de la historia, de la variabilidad de la imagen histórica; variabilidad que en vez de negar la objetividad de la verdad histórica, por el contrario la confirma".

El capítulo IV, capítulo final de esta última parte y del libro, sirve para hacer una breve recapitulación de ideas y para desarrollar sus concepciones de lo subjetivo y lo objetivo en el proceso de conocimiento de la historia. De ello concluye que: "Aunque los historiadores perciban de modo diferente la imagen de la historia, cuando disponen de materiales y de fuentes idénticas y aunque esta percepción se diferencie a medida que estos materiales se van enriqueciendo y evoluciona la aptitud de los historiadores para plantear cuestiones y descubrir los problemas disimulados tras estos materiales, el fenómeno es normal y comprensible, si se comprende el proceso de conocimiento en los términos adecuados".

Después de una serie de consideraciones, el autor concluye que, independientemente de las diversas versiones e interpretaciones de la historia, se debe tener conciencia de que el conocimiento es distinto y debe ser adquirido con plena conciencia de su especificidad.

Con ello volveríamos al punto de partida de nuestro proceso y nos preguntaríamos, ahora que se celebra el bicentenario de la Revolución Francesa, ¿es necesario reinterpretar los escritos para criticar o apologetizar ese acontecimiento social?. Creemos que no, pues pensamos, como muchos otros, que la historia no es solamente una serie de datos registrados, en gran medida bibliográficamente, sino el reconocimiento de esas virtudes y errores de la actuación social para orientar nuestras actitudes hacia el futuro.

GABRIEL GUTIÉRREZ PANTOJA

CORBIN, JOHN BOYD. *Managing the library automation project*. Phoenix, Arizona: The Oryx Press, 1985. 274 p. —vi.

El propósito de la obra es el de proporcionar un manual y una guía prácticos al bibliotecario que no cuenta con preparación en el desarrollo de sistemas, y que quizá tampoco esté familiarizado con las computadoras, pero que, no obstante, es responsable de desarrollar un sistema automatizado de biblioteca. Dicho sistema se desarrolla y se integra a la organización de la institución como un proyecto de automatización de la biblioteca y se requiere de habilidad y tiempo para planearlo y estructurarlo con éxito. En la mayoría de las bibliotecas pequeñas o que no cuentan con amplios recursos económicos, nadie tiene el entrenamiento y la experiencia que se requieren para